

LUIS GARCÍA JAMBRINA

EL  
MANUSCRITO  
DE PIEDRA

¿Desenmascarará Fernando de Rojas al asesino  
que aterroriza a la Salamanca del siglo XV?

booket

**Luis García Jambrina**

El manuscrito de piedra

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Luis García Jambrina, 2008

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © Andy & Michelle Kerry / Trevillion Images y Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: enero de 2021

Depósito legal: B. 19.931-2020

ISBN: 978-84-08-23744-0

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

## I

Un año más, tras unas cortas vacaciones de verano en su pueblo de origen, Fernando de Rojas volvía a Salamanca con el propósito de proseguir sus estudios. Antes de cruzar con su mula el puente romano, se detuvo un momento para contemplar la ciudad al otro lado del río. Casi enfrente, mirando un poco a la derecha, comenzaba la cuesta que, tras pasar por delante de la Cruz de los Ajusticiados y atravesar la puerta del Río, llevaba hasta la Iglesia Mayor o de Santa María de la Sede, en la que destacaba su original cimborrio coronado por una veleta con forma de gallo, símbolo de la Iglesia vigilante, que cuadraba muy bien con ese aire de fortaleza que tenía el edificio, gracias a sus almenas y a su torre mocha. Pero, a pesar de ser la catedral, no era tan grande como se esperaba de una ciudad de unos veinte mil vecinos, de los que cerca de siete mil eran estudiantes, y con una Universidad tan notoria como la de Salamanca, una de las más renombradas, junto a las de París, Oxford y Bolonia, de toda la cristiandad. Lo cierto es que había ya un proyecto para construir una nueva Iglesia Mayor, mucho más grande, esbelta y airosa, pero el obispo y el cabildo, que llevaba varias décadas intentando independizarse de la ju-

risdicción episcopal y contaba con el apoyo de una parte de los nobles salmantinos, no terminaban de ponerse de acuerdo sobre la ubicación más idónea para el templo y las obras apenas avanzaban.

No era esa, de todas formas, la única disputa que tenía dividida a la ciudad. Aún no se había enfriado del todo el conflicto de los Bandos, que durante varios años había enfrentado a las grandes familias de la nobleza local y había puesto en peligro la continuidad del Estudio salmantino, cuando ya habían aflorado nuevas tensiones en otros ámbitos. Por un lado, estaban los que se aferraban con todas sus fuerzas a sus viejos privilegios; por otro, los que solo pensaban en arrebatárselos y en añadir otros nuevos, sin ceder nada a cambio. Eran muchos, en fin, los que se resistían a salir de los tiempos oscuros, para entrar en una era de renacimiento y esplendor, la que supuestamente les ofrecía la nueva monarquía instaurada por los reyes Isabel y Fernando, a los que el papa Alejandro VI acababa de conceder el título de Católicos. Era cierto que su llegada al poder había puesto fin al enfrentamiento entre el bando de San Benito, perteneciente a la parte más antigua de la ciudad, donde se ubicaban la Iglesia Mayor y la Universidad, y el de Santo Tomé, antes de San Martín, situado en la parte nueva, la que se extendía hacia el norte, pero su política estaba provocando nuevas disensiones. El hecho es que, a finales del siglo xv, Salamanca se había convertido en un hervidero de conflictos, lo que no quitaba para que estuviera comenzando a vivir también un momento de esplendor.

Desde el pretil almenado del puente, el mismo por el que antaño pasaba la Vía de la Plata y ahora la cañada real para el ganado trashumante, Rojas podía ver, a ambas orillas del Tormes, grupos de lavanderas, ajenas a las tribulaciones que vivían los demás. A simple vista, parecían las mismas

que había contemplado la primera vez que llegó a Salamanca, once años antes, cuando era casi un niño. Parecía como si el tiempo, cansado ya de huir, se hubiera detenido en ellas y las hubiera convertido en presencias inmutables, mientras el mundo a su alrededor no cesaba de dar vueltas y de sufrir transformaciones.

También su propia vida había experimentado grandes cambios. Hijo de conversos desde hacía cuatro generaciones, había nacido el 30 de julio de 1473, en La Puebla de Montalbán, a cinco leguas de Toledo, donde por un tiempo vivieron sus padres. Desde muy niño, tuvo conciencia de ser diferente, no solo por pertenecer a una familia y a una casta que siempre estaba bajo sospecha, sino también por su temprana inclinación al estudio y por su insaciable curiosidad. Aprendió a leer y a escribir con un canónigo, al que de cuando en cuando ayudaba en algunas de las labores de su ministerio. Él fue también quien le enseñó los rudimentos de la gramática latina. Gracias a la influencia de unos parientes y a la carta de recomendación de un buen amigo del canónigo, había conseguido una beca en uno de los colegios de la Universidad de Salamanca, adonde fue a estudiar con apenas doce años.

En las Escuelas Menores, hizo los cursos obligatorios de la facultad de Artes. Allí amplió sus conocimientos de gramática, al tiempo que aprendía retórica y dialéctica y un poco de filosofía natural y moral, según las doctrinas de Aristóteles y sus comentaristas. También asistió a los cursos que, de vez en cuando, daba algún maestro de origen italiano sobre autores latinos. Y, a este respecto, recordaba con cierto regocijo la lectura de las comedias de Terencio, con las que se hizo muy aficionado al teatro; no en vano era el diálogo la forma de discurso que más le interesaba y apreciaba. Era tal su deseo de saber que acudía de incógnito a algunas otras clases de las Escuelas Mayores. En esa

época, llegó a tener como maestro al siciliano Lucio Marinero Sículo, e, incluso, asistió a las últimas lecciones de gramática de Elio Antonio de Nebrija, antes de que este abandonara la Universidad.

No obstante, las cosas estuvieron a punto de torcerse en octubre de 1488, cuando, apenas iniciado el nuevo curso en el Estudio, recibió una carta de su madre que iba a cambiar el rumbo de su vida. En ella, le contaba, de forma escueta y con letra temblorosa, que su padre, Hernando de Rojas, había sido detenido por la Inquisición acusado de judaizar. Cuando Fernando terminó de leer la misiva, tuvo la sensación de que la tierra que pisaba se abría bajo sus pies, dispuesta a tragárselo. Él sabía de sobra que su padre era inocente, pero bastaba cualquier delación para que la inmensa maquinaria inquisitorial se pusiera en marcha, y, una vez que esta comenzaba a funcionar, era muy difícil detenerla, salvo que se contara con buenos apoyos dentro de la Iglesia y las mejores credenciales. No era esa, además, la primera vez que unos falsos testigos, por envidia, codicia o resentimiento, denunciaban a alguien de su familia al Santo Oficio. Hacía solo tres años que cinco primos suyos habían sido condenados a sufrir la humillación pública de la *reconciliación*. De modo que se fue a hablar con el maestrescuela de la Universidad, del que sabía que le tenía en gran aprecio, para pedirle consejo y amparo.

Como resultado de sus gestiones, consiguió cartas de favor de fray Diego de Deza, ya por entonces preceptor del príncipe don Juan, del propio maestrescuela y de varios catedráticos, y, a pesar de su corta edad, pidió comparecer como testigo de abono en el proceso que se seguía contra su padre, confinado en la cárcel secreta de la Inquisición en Toledo. En las aulas, ya había demostrado con creces su gran capacidad para la oratoria, tanto en romance como en latín, pero el día de su intervención ante el Tribunal estuvo

especialmente inspirado y persuasivo. Todavía recordaba, palabra por palabra, la defensa que había hecho del honor y la probidad de su padre. Había sido un discurso atrevido y muy arriesgado, es cierto, pero había que reconocer que la situación así lo requería, puesto que, para entonces, su padre, incapaz de soportar por más tiempo la implacable tortura a la que lo habían sometido, ya había confesado.

—Sabed —le dijo solemnemente el presidente del Santo Tribunal, antes de concederle el uso de la palabra— que vuestro padre ha reconocido su culpabilidad. ¿Tenéis vos alguna prueba relevante de la veracidad de su fe cristiana?

—Vuestra ilustrísima, con buen criterio —comenzó a argüir—, me pide pruebas que puedan dar testimonio de la verdadera fe de mi padre, y, con la debida humildad, debo responder que la mejor prueba soy yo. Aquí tenéis varias cartas —añadió, tras una breve pausa dramática— que os hablarán, mucho mejor que mi lengua, de algunos de los méritos y virtudes que adornan mi persona. Si, como espero, estas misivas reciben el crédito debido a la calidad de aquellos que las firman, este Tribunal habrá de admitir que, en alguien de tan corta edad y experiencia como yo, los méritos en ellas mencionados no pueden deberse más que al buen ejemplo y a la intachable herencia de mis padres. Y, si es verdad que, como sostiene con frecuencia el alto Tribunal de la Inquisición, los pecados y las faltas de los padres pueden recaer sobre los hijos, es justo que las virtudes de estos puedan revertir también, al menos en ciertos casos, sobre sus padres; de tal manera que, cuando el honor o el buen nombre de una persona se viere en entredicho, puedan las prendas de sus hijos obrar a su favor, como garantes de su buen linaje y comportamiento.

Fue tal el poder de convicción de sus palabras que los miembros del Tribunal tuvieron que deliberar durante largo tiempo. Al final, se vieron obligados a adoptar una solución



salomónica. El reo, naturalmente, fue declarado culpable y condenado a la hoguera, pero, dadas las circunstancias, se dejó la sentencia en suspensión, algo, desde luego, infrecuente en las decisiones del Santo Oficio.

—Vos y nadie más que vos —le advirtieron, una vez hecha pública la sentencia— sois ahora, verdaderamente, el garante de la vida y el honor de vuestro padre. Y, desde este mismo momento y hasta el final de sus días, quedáis a nuestra disposición, para todo aquello que podamos demandaros en beneficio de la fe católica. Ahora, podéis iros a Salamanca, para continuar con vuestros estudios.

Y así lo hizo, contento por haber salvado *in extremis* la vida de su padre, e intranquilo por haber sellado un pacto del que alguna vez podría arrepentirse. Por otra parte, las noticias del resultado del proceso arribaron pronto a la Universidad y le granjearon la simpatía de todos y, en especial, de Diego de Deza, que veía en él a un futuro colaborador.

—Tú, hijo mío, llegarás muy lejos —le auguró—, siempre y cuando no te desvíes del camino trazado.

Con el tiempo, el asunto de su padre parecía haberse olvidado, y su familia vivía sin sobresaltos en La Puebla de Montalbán, adonde se había trasladado de manera definitiva, por considerar que esa pequeña población era algo más segura, para un converso, que la ciudad de Toledo.

Una vez terminados los tres años preceptivos en las Escuelas Menores, Fernando de Rojas ingresó en el Colegio Mayor de San Bartolomé por recomendación, pues no solo no era de pulcro linaje —como exigía, en principio, el estatuto de limpieza de sangre, si bien este se observaba de una manera laxa—, sino que aún no había cumplido la edad reglamentaria. Entre otros privilegios, este Colegio tenía los de impartir docencia dentro de su recinto y disponer de una excelente biblioteca propia con importantes

manuscritos. Aconsejado por sus protectores, se había visto inclinado a los estudios de Leyes, que, en ese momento, eran los más necesarios para la Corona y los que ofrecían un porvenir más ventajoso. Pero su curiosidad no tenía límites y, por su cuenta y riesgo, había llegado a cursar también teología, medicina y, sobre todo, astrología, que abarcaba tanto la astronomía esférica como la teoría de los planetas, la aritmética y la geometría, la cosmografía, la geografía y la astrología judiciaria. También le fascinaba todo lo que tenía que ver con la botánica y la farmacia, y, en especial, con el poder curativo de las plantas. Por eso, conocía bien la obra de Dioscórides acerca de los remedios medicinales y de los venenos y sus prevenciones, de la que había un bello códice, en su lengua griega original, en la biblioteca del Colegio. Para él, como para su venerado Aristóteles, lo más bello y deseable de este mundo era aprender. Y, a este propósito, ningún lugar mejor que la Universidad de Salamanca, *alma mater* o madre nutricia de todas las ciencias.

Mientras cruzaba el puente, pensó que ya no podría prolongar por mucho tiempo esa privilegiada situación. El obispo le había dicho, antes de partir para pasar sus breves vacaciones de verano en La Puebla de Montalbán, que con su inteligencia y su formación podría aspirar a los más altos cargos en la monarquía que en ese tiempo se estaba forjando, y lo había instado a que terminara de una vez sus estudios y obtuviera el grado de bachiller en Leyes. Si por él fuera, se quedaría para siempre en la Universidad, dedicado al cultivo de las más diversas disciplinas, pero sabía que eso era imposible. Hacía ya mucho tiempo que otros habían decidido por él.

Cuando llegó al otro lado del río, se detuvo ante al toro de piedra que había a la entrada del puente y recordó lo que le sucedió al poco tiempo de llegar a Salamanca por primera

vez. Una tarde de finales de octubre, en ese mismo sitio, se encontró con varios estudiantes de mayor edad. Tras saludarse, uno de ellos le dijo que, si acercaba la oreja al toro, oiría gran ruido dentro de él. Rojas, en su inocencia, así lo hizo. Y el otro, en cuanto vio que tenía la cabeza junto a la piedra, le dio una sonora calabazada contra el animal y le advirtió:

—Aprende, necio, que un estudiante de Salamanca un punto ha de saber más que el Diablo.

Con lo que todos, salvo el pobre Rojas, que a punto estuvo de perder el sentido, empezaron a reír a carcajadas. Luego, supo que era una burla que los estudiantes más antiguos solían hacer a los nuevos o recién matriculados. La mayoría de estos la sufría con indiferencia y resignación, mas, para él, fue como si de repente lo hubieran sacado del limbo en el que hasta entonces había estado. Así que tomó buena nota de la lección. En adelante, avivaría más el ojo y se fijaría bien en las cosas. Pero, a pesar de los años transcurridos, todavía le quedaba mucho por aprender.

Aunque el verano acababa de concluir, el calor aún se dejaba notar a esa hora de la mañana. Bajo unos chopos que había junto al río, vio a un pequeño grupo de estudiantes sentados sobre la hierba, en torno a un hombre de más edad que les leía en voz alta unos papeles, haciendo gestos y cambiando de tono, según los lances de la obra y los sentimientos de los personajes. De cuando en cuando, alguno interrumpía la lectura con un comentario jocoso, mientras los demás protestaban o le daban algún gorrazo para que se callara. El que leía, por su parte, los miraba con fingido disgusto, pues sabía que los tenía a todos cautivados con su lectura, aunque se empeñaran en disimularlo. De buena gana, Rojas habría bajado a solazarse un rato con ellos, a dejarse seducir por las palabras del escrito, mientras goza-

ba de la brisa de la tarde y del eterno murmullo del río y de los árboles, pero tenía prisa por conocer las nuevas de la ciudad. Por el camino, había oído de boca de unos arrieros con los que se había cruzado unos rumores que le habían provocado cierta intranquilidad. Así que tomó las riendas de la mula con la que había hecho el viaje y se dispuso a adentrarse en la ciudad.